

San Lorenzo

Diario del Alto Aragón - Martes, 10 de agosto de 2010

Viene de la página anterior

petra es hacerlo de un adelantado a su tiempo, precursor del falso extremo más cerebral que rápido. Fue el primer gran *once* que abandonó su función clásica de correr pegado a la banda y centrar desde la esquina, para retrasarse al medio del campo para librarse del marcaje de la defensa y desde esa posición organizar el ataque de su equipo gracias –en su caso– a su gran visión táctica del juego y extraordinario toque de balón.

En realidad lo que pasaba es que Lapetra nunca se sintió a gusto en la banda, algo así como un constreñido destierro para un talento tan desbordante y un espíritu de poeta. En una de nuestras conversaciones me confesó, con pesar, que su verdadera demarcación era “*el 6, de medio de ataque*”, añadiendo que “*si me hubieran dejado jugar allí no habría tenido inconveniente en incluirme en una selección mundial de todos los tiempos; y te lo digo sinceramente, sin pedantería ni falsa modestia*”. En décadas posteriores hemos visto otros notables extremos izquierdos del mismo corte, prófugos del carril, pero Carlos siempre constará como el “inventor” de esa posición, como me dijo que se lo reconocía el ex seleccionador **Javier Clemente**.

Lapetra no solo fue el alma de aquel equipo de ensueño llamado de *Los Magníficos*: también, la continuación del entrenador en el terreno de juego. Dotado de una técnica innata y de una gran elegancia, era el arquitecto de una bella obra futbolística, el director de una afinada orquesta, alrededor del cual encajaban las demás piezas y solistas. Es –en presente– uno de los futbolistas españoles más talentosos de la historia. Además, a sus excepcionales condiciones técnicas sumaba otras virtudes físicas, como su potencia, gracias a su desarrollado tren inferior, que le permitía mantener un buen tranco en carrera –a pesar de que no era veloz–, y un estimable disparo. Nunca tuvo un buen remate de cabeza, ni falta que le hizo: solo la usaba para pensar.

Marcó también un estilo fuera del campo, donde su formación universitaria, su pelo largo inusual para la época y sus coches deportivos eran motivo de admiración. Siempre fue un hombre de fuerte personalidad, demostrada, por ejemplo, al exigir en sus contratos con el Zaragoza vivir en Huesca, donde se ocupaba ocasionalmente de las tierras de su familia. Además, le encantaba conducir cada día para acudir a los entrenamientos; tanto, que todo Huesca sabía que los 70 kilómetros que entonces separaban las dos ciudades eran más cortos si se hacían a bordo del descapotable de Carlos Lapetra.

RECONOCIMIENTOS

Una vez retirado del fútbol no quiso moverse de Huesca, desazonado por la amarga salida del club zaragocista, que no le renovó su contrato tras una grave lesión en la tibia mal curada tras infaustas operaciones, y que no tuvo, en aquel momento, la grandeza de reconocer debidamente la brillantísima trayectoria e intachable conducta de su mayor estandarte, que en sus campañas de mayor esplendor



El partido contra Alemania en el Mundial de Inglaterra de 1966. De pie: Iribar, Sanchís, Reija, Gallego, Zoco, Glaría; agachados: Amancio, Adelardo, Marcelino, Fusté, Lapetra.

rechazó ofertas del Real Madrid, Barcelona e Inter de Milán por no abandonar su tierra y su club.

En cambio, la Federación Aragonesa de Fútbol le rindió un homenaje, en el campo del Alcoraz de Huesca, el 1 de noviembre de 1972. Posteriormente, y en diferentes etapas, fue secretario técnico de la Sociedad Deportiva Huesca y asesor de la Selección española. Televisión Española también acudió a su juicio ponderado y sabio magisterio, contratándolo como comentarista técnico del Mundial de Italia 90. Hizo el saque de honor en el homenaje a *Los Magníficos*, en una Romareda abarrotada, el 23 de abril de 1993. Y el Zaragoza, al fin, puso su nombre en los últimos años a su trofeo veraniego *Ciudad de Zaragoza*. Estaba en posesión de la Medalla al Mérito Deportivo concedida por el Consejo de Ministros.

Y aprovechando que el Ebro pasa por Zaragoza, me voy a quedar a gusto. El Ayuntamiento zaragocista ha cambiado la nominación de muchas calles por mor de la ley de la Memoria Histórica, lo que, sencillamente, no me parece. Lo que sí me parece es que muchos de los nuevos nombres son una auténtica mamarrachada, cuando hay tantos aragoneses dignos de recibir ese honor. Señores próceres de la Inmortal: ¿Esa es toda su imaginación y devoción? ¿No merecía ya antes una calle Carlos Lapetra? ¿Ni siquiera la merece ahora? Sean sensatos, muéstrense elegantes y arreglen la injusticia, porque ese pequeño andador en Santa Isabel, dedicado gracias a la petición del barrio, no es suficiente.

LA FAMILIA Y REGRESO A ZARAGOZA

Carlos Lapetra contrajo matrimonio con la zaragocana **Clara Lorén Berdusán**, una bellísima azafata de vuelo, en el monasterio viejo de San Juan de la Peña, en 1968. De él nacieron **Christian** (1970), **Carlota** (1971) y **Clara** (1977), los tres en Zaragoza, porque el abuelo materno, **Santiago Lorén**, era ginecólogo de la Clínica del Pilar de esa ciudad, donde asistió los partos. La familia se fue a vivir a Zaragoza en 1987, el mismo año de la separación del matrimonio, y Carlos se afincó allí definitivamente. “*Sigo siendo de Huesca, donde tengo mucha familia y amigos, y voy siempre que puedo. Siempre la llevaré en el corazón*”, me dijo en 1994.

El último partido de Carlos Lapetra fue intenso, jugado durante nueve años contra el cáncer, el contrincante más duro y que no suele perdonar. Él lo sabía pero, fiel a sus principios, lo disputó con la misma elegancia, fe y fortaleza de espíritu que en sus días futbolísticos. Y perdió (Zaragoza, 24 de diciembre de 1995), cuando contaba 57 años de edad, como cuando ganaba: con la misma elegancia, con la misma prudencia, con el mismo recato, con un profundo silencio y respeto, sin una queja ni un mal gesto.

Con motivo de este artículo y con la perspectiva de estos tres lustros, sus hijos nos aportan una breve semblanza o recuerdo. Clara fue rebautizada por su padre como **Cañamón**: “Me llamaba así por ser la pequeña. Siempre me ha gustado ese nombre, y así llamo yo aho-

ra a mi hija. Recuerdo que por las noches, delante de la televisión, hacíamos maratón de masajes y cosquillas en los pies; le encantaba y luego nos daba alguna propinilla. Era muy activo. En las vacaciones en la playa no podía estar quieto, era muy madrugador y teníamos que jugar a las palas, caminar, correr... Hacía ejercicio y abdominales mientras los demás tomábamos el sol. No nos dejaba parar ni un momento, ¡era agotador!

Carlota evoca su recuerdo más entrañable: “Todas las noches, hasta que fui muy mayor, me iba a la cama cuando él se acostaba. Me tumbaba en la de al lado y me cogía de la mano. Sentía una gran seguridad y protección, y ahora lo hago yo con mis hijos; ¡cómo los voy a privar de eso! Por otra parte, lo que más le agradezco es lo “pelma” que era con la buena educación y los buenos modales; nos decía que eso era lo más valioso para desenvolvernos en la vida. Cuando eres pequeño apenas lo valoras, pero después te das cuenta de la razón que tenía”.

“Aunque ya han pasado quince años desde que no está, vive presente en cada uno de nosotros y es difícil hacer memoria sin emocionarse”, dice Christian. “Me inculcó una filosofía respecto al deporte que era una forma de vida y que tenía su influencia en todos los órdenes. Siempre me insistía en que practicara, con cierto nivel, dos deportes: uno individual (elegió para mí el tenis) porque forja a las personas y alimenta el espíritu de superación y el enfrentarte solo a las adversidades, y otro colectivo (el fútbol) porque te integra en un grupo, te hace ser más solidario y dependiente de los demás. Eso sí, con humildad y trabajo constante. Con el paso de los años he podido comprobar cómo esas recomendaciones han sido, son, parte esencial de mi vida, tanto profesional como personal”.

Y LOS AMIGOS

También con motivo de este artículo se han reunido excepcionalmente todos sus amigos de Huesca, y subrayo todos. Y, como no podía ser de otra manera tratándose de este especial de *Diario del Alto Aragón*, acuden de riguroso blanco. Eso sí, sin pañoleta, lo que aclara su hermano Ricardo: “En casa siempre hemos sido muy oscenses y muy de

San Lorenzo y de las fiestas. Pero, en cambio, de la pañoleta, no. Supongo que porque cuando se puso de moda ya estábamos acostumbrados a ir así. El caso es que no me he puesto una y Carlos tampoco la llevó nunca”.

Más allá de que aprovechen el encuentro y se vayan luego juntos a comer –que vaya usted a saber cuándo volverán a reunirse–, la cita se antoja ineludible. El motivo de la misma es Carlos y esta es palabra mayor. Todos le adoraban y todos le siguen queriendo, por lo que los recuerdos y las vivencias se multiplican. Tanto como la temperatura de este infernal mediodía de julio que nos tiene achicharrados, pero felices, en la terraza del Café del Arte. Carlos es el centro de la reunión y, como si estuviera dirigiéndolo con su cerebro clarividente y su zurda de seda, a su alrededor bulle, elegante y entregado, el resto del equipo, como un once bien organizado.

El brazalete de capitán lo lleva Ricardo, hermano mayor, amigo, y hasta compañero una temporada (1961/62) en el Zaragoza: “¡Qué voy a decir yo de Carlos! Era la elegancia y la bondad personificadas”. Esa personalidad la suscribe **José-María Artero** como la más definitoria de Carlos, aunque sería capaz de llenar él solo un libro de recuerdos: “Contaría mil cosas... Jugábamos juntos de pareja en San Viator a balón-pecho, y también algún partido de fútbol con el Santiago... Hemos sido muchos años compañeros de caza... Él me trajo, de uno de sus viajes a Inglaterra, la primera cola de rata para la pesca de trucha a mosca, de seda natural; la conservo como oro en paño... Y tuve el placer de verlo debutar en La Romareda; cogió la pelota en el córner y fue sorteando tíos hasta meterla dentro de la portería. Era impresionante”. **José-María Mur**, expresidente de la S.D. Huesca, se suma al análisis futbolístico: “Es que era genial. Y valiente y atrevido, porque había que serlo para haberles quitado el puesto en la Selección a Gento y a Collar”. Tercia abundando en lo mismo **Vicente Campo**: “Sí, fue portentoso, de los mejores que yo haya visto nunca. Pero tengo que decir una cosa: aun con todo lo extraordinario que fue como futbolista, esta condición queda eclipsada por lo buena persona que era”. Corroboro la matización **José-Luis Rodrigo**: “Desde luego: era una gran persona. Nunca le dio importancia al dinero, era especial. Era único”. Querría añadir algo nuevo **José-Antonio Costas**, pero no encuentra mejor definición: “Sí, sí, estoy totalmente de acuerdo. En fin, que ése es el retrato más ajustado: una persona única”. **Kine Coarasa** y **Alfonso Bescós** coinciden definiendo a su amigo en una sola palabra y en ella misma: “Irrepetible”. El también expresidente del Huesca **Joaquín Sarvisé** sentencia, también con un solo verbo: “Inolvidable”.

Me parece este último calificativo el corolario perfecto. Porque Carlos Lapetra, vivo en nuestra memoria, siempre será el futbolista que nunca se fue.



Los amigos de Carlos Lapetra: el once sin el 11. De pie: José-María Mur, Vicente Campo, Vicente Ascaso, José-Antonio Costas, Alfonso Bescós; agachados: José-María Artero, Joaquín Sarvisé, José-Luis Rodrigo, Kine Coarasa, Ricardo Lapetra. (FOTO: VICENTE PLANA).